

UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 3

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid. 30
Provincia. 30

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Dos pliegos de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.—Uno idem de la HISTORIA UNIVERSAL, y un cuadro por Costanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

EL GUARDA DEL FARO.

Mi abuela había sido educada en el convento de las religiosas de Bruges, y guardaba el mas dulce recuerdo de aquel religioso asilo donde tan venturosamente había pasado sus primeros años. Nos hablaba voluntariamente de sus compañeras, de sus jóvenes amigas que las diversas corrientes de la vida habían arrastrado lejos, y de las religiosas cuyos nombres sabía, cuya imagen conservaba, y cuya piedad, candor y sencillez habían dejado en su alma una santa impresión. Todas eran de origen extranjero: escocesas, inglesas, irlandesas; la mayor parte de entre ellas eran nobles, y descendían de esas familias jacobitas perseguidas por su antigua fidelidad á la fé y al rey de sus padres. Arrojadadas de su país y dispersadas en Francia y en los países bajos aquellas pobres jóvenes, cuyos abuelos y padres y hermanos habían combatido por la causa de los Estuardos, se habían edificado sobre su suelo hospitalario el templo y los claustros que les servían de patria; y allí, fugitivas palomas, oraban por la comarca querida que no debían volver á ver mas. Educaban con esmero las niñas que les confiaban, y sabían hacerse amar de ellas.

Llegada á una edad avanzada, mi abuela nos enseñaba con emoci6n esas bagatelas graciosas, regalos sin precio que le habían sido dados por sus maestras. Eran bordadillos, carteras, dibujos, tesoros infantiles que codiciamos con la vista sin atrevernos á pedirlos. Creíamos conocerlos todos, pero un dia nos enseñó en su libro de misa una hermosa imagen que jamás habíamos visto: era una maravilla del arte y de la paciencia, tal como los conventos pueden únicamente producirlos. Sobre el pergamino una mano hábil había pintado una Magdalena penitente. Las manos y los pies desnudos habían sido igualmente trazados con el pincel, pero los vestidos, las matas, las yerbas, las rocas, estaban bordadas con seda, cuyos vivos matices habían conservado su primitiva frescura; dibujo y bordado no tenían revés; eran iguales por ambos lados, con una perfección de que únicamente pueden dar una idea los bordados de los hermosos chales de crespon de la China.

—¡Oh, qué bonita es!

—Buena mamá, ¿de dónde tenéis esta estampa?

—¿Una religiosa os ha dado eso?

Partieron á la vez estas exclamaciones de la boca de mis primas y de la mía. Nuestra abuela miraba la estampa con aire pensativo. Por último dijo:

—¡Pobre hermana Magdalena! Sí, hijas mías; esta imagen viene de mi querido convento, y me ha sido dada por una hermana joven. ¡Qué historia tan triste!

—¿Una historia? Abuelita, cuéntenosla vd., jamás nos ha hablado vd. de la hermana Magdalena.

—¿No?... Sin embargo, la quería mucho, y he sido fiel á su recuerdo y á la oración que ha

escrito al pie de esta estampa. Miradla: *rogad por la pobre Magdalena.*

Cuando yo la conocí era muy joven: debía haber sido muy bonita, pero parecía triste y enfermiza; todo el mundo la quería, porque era de una dulzura y de una piedad incomparable; pero no era dulce y afable sino para los demas; para ella misma su rigor, sus austeridades no tenían mas limite que la obediencia. Hablaba poco, oraba sin cesar, y cuando la veíamos pasearse por los claustros ó las calles del jardín con las manos bajo su escapulario, los ojos bajos y el aite de una persona fielmente aplicada á un pensamiento interior, no nos atrevíamos á distraerla ni incomodarla. Pasaba una parte de las noches en la capilla, y cuando el tiempo parecia tempestuoso, cuando sibilaban los vientos del equinoccio en los largos corredores, la hermoza Magdalena obtenia permiso para velar la

tinuaba en hacer los trabajos mas penosos, mas humillantes, y en pedir permisos extraordinarios para velar y hacer penitencia. Su única distracción era sentarse un instante en el jardín, cerca de una gruta de piedras y de conchas dedicada á Santa María Magdalena, su patrona. Desde allí veía la puesta del sol: interrumpía su trabajo para mirar el horizonte inflamado, las nubes de oro y de encarnada, y contemplaba aquellas pompas de la tarde, que eran para ella como las primicias de una vida mejor.

Yo iba con frecuencia á sentarme á su lado, y sonreía conmigo afablemente; me decía algunas palabras y volvía á caer en su habitual silencio.

Una tarde mirábamos juntas las nubes de un rojizo sombrío. De repente me dijo:

—Mirad el viento que se levanta: mal tiempo hará en la mar esta noche...



Nancy.

noche entera delante del Santísimo Sacramento por los pobres marinos en peligro; la idea de los riesgos que se corren en el Océano parecia perseguirla. Algunas veces cuando daba lecciones de bordado ó de costura porque era sobresaliente en los trabajos de aguja nos decía:

—Hijas mías: roguemos á Dios por las pobres gentes que están en peligro... Saludemos la estrella del mar...

Y nosotras orábamos con ella; empero á sus oraciones mezclaba sus lágrimas.

Declinaba su salud, pero no se quejaba; con-

—Hermana mía, la dije, mucho os preocupas de la mar.

Palideció, y juntando sus manos exclamó.

—¿Y cómo no lo he de hacer!

Me asusté, porque brotaban lágrimas de un corazón demasiado lleno, é fundaron de pronto su rostro.

—Hermana mía, dije, lo que he dicho os ha causado pena; ¡horas!

Y besé sus trémulas manos suplicándola me perdonase.

—Hija mía, respondió al fin, ningún mal ha-

heis hecho, y nada tengo que perdonaros; yo sola soy la culpable; y el nombre, el recuerdo de la mar despierta en mí la memoria de mis faltas.

—Vuestras faltas! ¡Vos, hermana mía!

—¡Sí, mis faltas!... grandes faltas que han ocasionado cruces desgracias... Oye, Carlota, tú eres mujer, tú eres alegre; tal vez un poco ligera; quiero contarte mi historia á fin de que comprendas cuáles pueden ser las consecuencias de esa ligereza, de esa irreflexión presuntuosa tan común á la juventud, y de que el Señor me ha castigado severamente: escuchame.

Pareció recoger sus fuerzas; alzó los ojos al cielo y continuó en voz baja:

Me nacido muy lejos de aquí, sobre la costa occidental de la Inglaterra, en una comarca hermosa y salvaje, donde no se oye mas que el rugido del mar, donde no se ven mas que las pardas rocas alzadas como una barrera entre la tierra y las olas. Mi familia era pobre y oscura, pero era católica antigua. A causa de nuestra religión vivíamos separados de nuestros vecinos; nuestro círculo era muy reducido; pero en aquel aislamiento nos amábamos mas, y vivíamos felices. Mi pobre madre, que faltaba en el hogar de la familia, había muerto al darme á luz al mundo. Mi padre era piloto; se alejaba frecuentemente de la casa, y me dejaba al cuidado de una prima anciana que me quería mucho, y que me había enseñado á rezar á Dios, á leer y á trabajar. Nos sentamos parientes inmediatos, mas que un sobrino de mi madre, Eduardo; él también me quería, y mi padre le prometió que sería su mujer en cumpliendo los diez y nueve años; entonces debía venir á vivir con nosotros, y reemplazar á mi padre que iba envejeciendo en su empleo de piloto. Me hallaba tranquila y feliz, tanto cuanto se puede ser en el mundo; no tenía mas que un cuidado, que era el triste alejamiento de mi padre y de Eduardo; el uno se ausentaba para conducir los navios hasta la rada de... el otro, aguardando nuestro matrimonio, habitaba con su anciano tío en el faro que se levantaba en medio del mar, casi en frente de nuestra casa. Aquel faro tenía algo de horroroso. De día se le veía como una columna de granito, edificada en un islote de áridas rocas, contra las que se precipitaba el mar con furor. Por la noche no se veía mas que su ojo, abierto en las nubes, despidiendo llamas... No me gustaba el faro, porque sabía cuán triste estaba allí Eduardo, solo con su tío, anciano taciturno y triste, y no teniendo mas ocupación que velar sobre las ruedas que hacían subir el aceite hasta la llama del fanal.

Empero Eduardo no sabía el interés que yo tomaba en su suerte y en su comodidad, porque yo era ligera, burlona, y jugaba sin reflexión con los sentimientos de su alma; algunas veces llegó á dudar de mi afecto. Tenía yo gusto en inquietarle; buscaba la sociedad de nuestros vecinos; salía á las horas en que debía verme, en una palabra, escitaba sus celos y me divertía con su pena, y obraba sin rebeldía y sin lealtad; hacíame falta mi madre para guiarme y dirigirme; el faro que brillaba sobre las olas y que indicaba á los marineros los escollos, no lucía en mi corazón.

Un día en presencia de Eduardo, una de nuestras vecinas me invitó á ir á pasar la noche al día siguiente con ella; quería enseñarme las curiosidades que había traido su hija de las Indias, y debía cenar con toda la familia. Cuando se marchó me suplicó Eduardo que no fuese; me chanceé, no le prometí nada, y marché para mi roca triste y pensativo.

A la mañana siguiente á medio día, mi padre se embarcó para ir á buscar su navio, cuyas señales indicaban que quería entrar; me abrazó tiernamente antes de marcharse; después volvió otra vez para abrazarme todavía, y me dijo:

—Dentro de quince días, Nancy, te casarás con tu primo, y no me separaré mas de ti. Adios, mi querida hija.

Le abracé tranquila y con el corazón oprimido, y por mucho tiempo seguí su lancha sobre las olas.

Estábamos en el equinoccio de otoño, y el tiempo variaba muchas veces en el día. Después del medio día se levantó el viento, y la mar entera de copos de espuma parece un campo ne-

vaño que no ha hollado ninguna planta. No salté, y después de una corta velada, mi prima se retiró á su cuarto. Dirigíme yo al mio; oraba por mi padre, que no debía volver hasta el fin de la noche. Miraba largo tiempo al faro, cuyos ojos de fuego arrojaban llamas en medio de un siniestro cielo; y como no tenía gana de dormir, tomé mi ruca, y pensando en los ausentes y recordando el haber dejado partir á Eduardo enfadado, me puse á hilar.

El viejo reloj de la aldea inmediata acababa de dar las once, cuando un ruido singular llamó mi atención; parecía que habían arrojado arena sobre mi ventana. Corrí allí, la abrí, y una voz muy conocida pronunció mi nombre.

—¡Primo mio, Eduardo! exclamé; ¿eres tú? ¿cómo estás aquí?

—Perdóname, Nancy, respondió Eduardo; no estaba tranquilo; me era imposible quedarme allí abajo... quería saber si habías ido á casa de los Helis... Mi tío dormía profundamente, he abandonado el faro, y me he echado á nado... he llegado... ¡Bendito sea Dios que te he encontrado!...

Un profundo arrepentimiento atravesó mi corazón; era por mí por quien había faltado á sus deberes y abandonado aquel fanal, cuya guarda le estaba confiada; mi ligereza era causa de su falta; ¡me hubiera sido tan fácil tranquilizarle!

—¡Oh Eduardo! dije con dolor, ¿qué has hecho?

—Estaba loco, respondió tristemente, perdóname; he dudado de tí; he abandonado mi puesto, y hubiera entrado por entre las llamas si hubiera sido preciso, para saber dónde estabas esta noche.

Ya no le escuchaba; un invencible terror tenía clavados mis ojos sobre el faro. Su fuego, tan brillante de ordinario, palidecía de minuto en minuto; luchó, desfalleció y murió.

Una repentina oscuridad se derramó sobre las olas, y un grito de angustia mortal se escapó de mi seno.

—¡El faro! exclamé.

Eduardo se volvió: una exclamación sorda salió de sus labios.

—¡Soy un miserable! exclamé; ¡se ha apagado, y por culpa mía! Me voy corriendo. ¡Adios, Nancy!

Y oí alejarse sus pasos en la noche.

—Eduardo, le dije ¿dónde vas?

—Vuelvo á mi puesto, respondió, adios, Nancy, adios.

Todavía oí sus pasos, y el ruido de un cuerpo que se arrojaba á las olas. Caí de rodillas... no me atrevía á levantar la cabeza; no oía mas que el viento, y el rugido de la mar alborotada. ¿Cuánto tiempo se pasó así? Lo ignora... ¿horas?... ¿minutos?... No sé nada; pero aquellos momentos pesaron sobre mí cual sombras y torturas. Cuando por último me aventuré á mirar en dirección del faro, no vi luz ninguna; todo estaba sombrío, sobre la tierra, sobre la mar y en los cielos... ¡No había llegado!

El viento era cada vez mas y mas violento; ola sin verlas las olas que se estrellaban con siniestro y roncador ruido contra los escollos que hacían aquella playa tan peligrosa; miraba siempre, cual si hubiese tenido miedo de penetrar los velos que ocultaban el horizonte, cuando de repente vi en medio de las olas una lucecita trémula... el sonido de una campana llegó al mismo tiempo á mi oído... reconoci á no poderlo dudar, la luz y la señal de alarma de un navio en peligro; y el recuerdo de mi padre me atravesó el corazón como una flecha.

Aproximábase la luz rápidamente; volaba sobre las olas, desapareciendo tan pronto en sus profundas simas, brillando tan pronto sobre sus crestas espumosas. La campana ya no sonaba. Grité... lloré... nadie me oyó... Mi anciana prima era sorda, y nuestra casa, edificada sobre las rocas, se hallaba muy distante de la aldea... El navio se aproximaba con una horrible celeridad... no distinguía ni su punta, ni sus mástiles, no veía mas que su trémula luz... Evidentemente los que lo respaldaban no conocían aquella roca peligrosa, ó bien extraviados por haberse apagado el faro, no se creían tan cerca de los escollos sobre que iban á arrojarse.

Mi padre estaba allí tal vez, y yo no podía

hacer nada por él. De repente, impelida por una ráfaga, pasó la luz delante de mis ojos... en un choque, gritos desesperados que el bramido del mar no llegó á dominar... El navio acababa de estrellarse sobre los bajíos, al pie mismo de nuestra morada... aquel choque resonó en mi corazón y en mi cerebro... creía ver á mi padre y á mi amante, que de en medio de las olas alargaban los brazos hacia mí; quise marchar á su socorro y caí desmayada.

Cuando volví en mí me hallaba tendida en mi cama. Mi prima y una mujer amiga nuestra me miraban con aire afligido. En la pieza inmediata se oía un ruido de voces y de martillazos. Alargué la mano; acerqué mi prima á mí, y la supliqué me dijese lo que había sucedido; colocó ella el dedo sobre su boca, me abrazó, y volvió á ocultarse ocultando el rostro en su pañuelo.

Caí agobiada sobre mi almohada; no tenía ni fuerzas para hablar; empero escuchaba con extraña atención los rumores que venían de la pieza inmediata. Los golpes de martillo habían cesado; no se oía mas que una sola voz que hablaba con todo sostenido como la de un hombre que lee á voz... después hubo silencio; pasáronse algunos minutos, y se oyó un gran ruido de pasos debajo de las ventanas, como si una multitud numerosa pasase por allí; toda mi atención, toda mi vida estaba concentrada en aquel ruido, y antes que pudiesen detenerme me levanté envuelta en mis sábanas, y corrí hacia la ventana... Una ojeada me enteró de todo... Dos ataludes llevados por marineros, precedidos por un sacerdote católico, y seguidos por los marineros y los pescadores de la costa, bajaban la roca, y se dirigían al cementerio. Eduardo y mi padre no existían; la implacable mar me había arrebatado todo...

Habían encontrado... lo supe mas tarde, el cuerpo de mi desgraciado padre entre los restos del navio á que servía de piloto, y que había venido á estrellarse sobre los escollos de la costa; mi padre había encontrado la muerte al pie de su habitación, y así á los ojos de su hija; los restos del pobre Eduardo habían sido llevados por la mar á una gran distancia de la aldea, y sus facciones llevaban el sello de una obstinada lucha contra una horrible muerte... Nadie se explicaba aquella catástrofe, porque nadie sabía que el faro se hubiese apagado; se le había visto brillar durante las primeras horas de la noche, y todas las gentes de la costa se hallaban dispuestas á afirmar que lo habían visto arder durante toda la noche. Se creyó generalmente que Eduardo, oyendo las señales de agonia del navio, se había arrojado al mar para socorrerlo, y que había hallado la muerte en aquel movimiento generoso.

Yo sola sabía la verdad... me hubiera muerto de desesperación si la misericordia de Dios no hubiese venido en mi auxilio y me hubiese indicado el camino de la penitencia y del arrepentimiento. Guada por el sacerdote, que me conocía desde mi infancia, resolví hacerme religiosa, vine á llamar á la puerta de esta casa, y fui admitida en ella á pesar de mi indignidad. Vivo aquí entre ángeles; á pesar de ser una pobre miserable... empero en cualquier lugar en que me halle, en la oración, en el trabajo, durante las vigillas, en mi lecho, en mis sueños, me persigue el recuerdo del mar, y la imagen de los que no existen está siempre delante de mis ojos; tal vez no tardaré en volverlos á ver... y tal vez las oraciones de mis hermanas en Jesu-risto obtendrán perdón ante la justicia eterna por esta pobre pecadora.

Calló un instante, y continuó con voz alterada:

—Ya ves, hija mía, á lo que me ha conducido la ligereza, el aturdimiento y el vano deseo de sobreescitar sentimientos que, serios y tranquilos, hubieran debido bajar á mi felicidad... Sé mas prudente y mas feliz que yo...

A estas palabras se levantó y volvió á dirigirse al claustro con paso lento. A la puerta de su celda me abrazó y me dijo:

—Rogad á Dios por la pobre Magdalena...

No la volví á ver mas. Sus padecimientos habituales degeneraron en una enfermedad grave desde luego; después murió en una profunda paz, una paz celestial que anechara la es-

23 JUL 2004

trecha unión de aquella alma, probada por los trabajos con su Dios. Después de su muerte me entregaron de parte suya esta estampa que había bordado, y sobre la cual su destaleciente mano había trazado algunas palabras...

Esa es, hijas mías, la historia de la hermana Magdalena.

EL CUENTO DE LA ABUELA.

Era por el mes de enero, y el elegante reloj de Palacio daba las siete. A un lado de la chimenea, y sentada en una enorme poltrona de levantina, color de puzó, dormitaba la condesa viuda de Lambres, digna y respetable mujer que entraba en los setenta y cinco años. Pocos cabellos rubios habían adornado con sus donadas hebras una cabeza más seductora que la de la condesa a los veinte años, pocos ojos amables y melancólicos con su azul habían tenido la espresion que los suyos conservaban todavía, y pocas mujeres habían sido mejores hijas y mejores madres. La naturaleza prodiga de sus dones para con la de Lambres, no le escaseó las cualidades del alma, y bien joven se la notaba más por sus virtudes todavía que por su brillante hermosura.

Llegada a la edad en que cada paso que se da en la vida nos acerca a la tumba, la condesa no hallaba en el mundo goce más vivo que consagrar sus últimos días a formar el entendimiento y el corazón de su nieta la tímida y blanca Elena. Era esta niña la que había nacido la última de su numerosa familia, y que la señora de Lambres amaba sobre todo. Quizás es preciso perdonarle esta debilidad, porque la nieta se parecía a ella como un lirio se parece al lirio abierto en el mismo tallo, y experimentaba una orgullosa dicha en ver sus facciones reflejarse suaves y brillantes sobre el rostro joven de Elena.

Así, pues, todas las noches, luego que la hija mayor de la condesa se había puesto a su tocador con las hermanas de Elena, la venerable abuela llamaba a su niña querida, y le contaba historias largas e interesantes hasta la hora en que su nieta venía a buscarla para dormir en su cama de cortinas, menos blancas que su alma.

Había veinte minutos que la señora de Lambres estaba sola, cuando la puerta del salón se abrió, y una hermosa y deliciosa niña se acercó lentamente. Tendría unos diez años, y jamás pintor ha imaginado una figura más celestial.

—Abuelita, pronunció su voz sonora ¿verdad?

—No, ángel mío, respondió la abuela poniéndole sobre sus rodillas, te aguardaba.

—Mi madre y mis hermanas se están componiendo al tocador para ir al baile, dijo la dulce yococita. No me acostaré antes de la nueve; tú vas a contarme una historia ¿no es así?

Y viendo que la señora de Lambres la miraba sonriéndose, continuó:

—¡Eh! no me lo puedes rehusar. ¡No trabajó tan bien hoy! ¿Sabes que he descifrado a primera vista la sonata que mi maestro de música me ha traído esta mañana, y que no he puesto una falta de ortografía en mis lecciones de gramática?

—Todo eso lo sé, amor mío, interrumpió la condesa; y se además que has bajado furtivamente ayer tarde a llevar el dinero que te había yo dado de aguinaldos a ese pobre albañil, nuestro vecino, que se ha roto una pierna. Así, no es posible rehusarte una historia.

Elena ocultó en el seno de su abuela el bochorno de su linda frente, que la abrazó más estrechamente todavía, se enjugó los ojos que habían humedecido algunas lágrimas, y haciendo sentar a la encantadora niña en un taborette junto a ella, se saboreó con un polvo tomado con lentitud, y empezó así:

Luisa tenía quince años: era hermosa, y lo que valía más todavía, era buena, y había en su habla cierta melancolía: se reconocía en ella una de esas almas tiernas y piadosas que se enfrascan en los velos de la soledad, para meditar en el cielo sobre la tierra! Mas ¡ay! sobre aquella frente juvenil, tan cándida y tan pura, la des-

gracia había grabado su indestructible sello, jamás se veía retozar en los labios de Luisa la grata sonrisa que ondula en una boca de quince años. Al hacer el primer año en la vida, se dejó cansada y quebrantada por un profundo dolor. ¡Padre estricto! Jamás sus ojos habían encontrado la sonrisa de una madre. Cuando el agua santa del bautismo la puso en el número de los hijos de Cristo, su padre no había corrido de gozo estrechándola en sus brazos tan fresca y tan blanca, Luisa era huérfana! su padre había muerto en el campo de batalla, su madre dándole a luz, ambos no la dejaban por única herencia más que una cruz colocada por su general sobre el pecho del valiente, y una Biblia que tenía casi borradas las letras por las lágrimas, de la viuda.

Luisa fue recogida por un sacerdote anciano, hombre de nobles pensamientos, que la educó como una virgen que se quiere consagrar al Señor; y la triste huérfana vio todavía brillar alegres rayos del sol bajo el techo hospitalario del anciano. Mas Dios llamó a su aquella alma marcada hacia mucho tiempo con el sello de los elegidos, y la desventurada Luisa se encontró de nuevo sola en el mundo, y combatida por el viento de la adversidad... sin pan, sin asilo, sin tener más apoyo que el de aquel que provee de alimento a los pajaritos.

El anciano sacerdote habitaba no lejos de Sevilla, en una aldea de cuyo nombre me acuerdo. Bendecido, adorado de cuantos le rodeaban, se hubiera creído ver a Masillon en aquel modelo de virtudes evangélicas.

—Buena mamá, interrumpió Elena, creo haber leído en la historia de Francia ó en la geografía, que Masillon fué obispo de Clermont.

—No te has equivocado, replicó la señora de Lambres, y me complace ver que tus lecturas dejan algunas reminiscencias en tu memoria; sin embargo, en cosas de esta importancia, hija mía, no se ha de decir creo, sino sé, estoy segura... No olvidés esto. Ahora volvamos al digno sacerdote.

Cuando este descansó en su tumba cubierta de rosas del Ebadalquivir, quedó la aldea sumida en el más vivo dolor; sin embargo, ninguno de aquellos hombres que lo lloraban vino a jurar a su sombra inquieta que protegería a la huérfana, ídolo de su corazón, y le daría un poco de ese amor paternal que tanto necesitaba.

Un labrador bastante rico se hizo al fin cargo ¡ay! de la trista Luisa, y en breve se vio a la delicada niña que el buen pastor había criado tan delicadamente, despertar al romper el día, guiar los ganados del labrador por las fértiles llanuras mientras duraba el día, y no volver hasta bien entrada la noche a abrigarse bajo su techo de paja.

Frecuentemente cuando empezaba a reinar el silencio de la tarde, y el cantar del retardado pastor despertaba con su rústica melodía los adormecidos ocos de la montaña, volase a la huérfana sentarse en las orillas de un sendero puesto entre dos precipicios, inclinar su cabeza sobre su mano, y mirar pasar a lo lejos grupos de alegres segadores, de moronas y esbeltas jornaleras: la una apoyada sobre el brazo de su padre, la otra mostrando sonrisas al que más adelante debía llamarse su esposo.

—¡Ah! decía para sí la pobre Luisa, ¡qué felices son! ¡Cuando vuelven a su humilde taberna, son siempre acogidos por una mirada afectuosa! Ellos no conocen este espantoso aislamiento que entristece todos mis días. Ellos tienen una familia, amigos, seres que toman interés en su existencia... ¡y yo no tengo a nadie, nadie que me sujete y retenga acá abajo! ¡Y si muero, nadie vendrá a rezar sobre mi tumba!

Pero no obstante todos los pesares que la consumían, la huérfana jamás dejó de esperar en las bondades de la Providencia, y el altar que había levantado en su corazón a la religión y a la virtud, brillaba en el mismo puro esplendor que el día de su primera comunión.

Había ya dos años que Luisa guardaba los rebaños del labrador, y una tarde de julio, el aire caliente y grandes neblinas rojizas agrupadas al horizonte, parecían encerrar el rayo en sus entrañas. Tranquila como la inocencia, dormía la huérfana al borde del precipicio, arrullada por un sueño más dulce que la realidad de la vida!

Había, por fin, encontrado la familia que reclamaba con tanto ardor! Su corazón palpitaba estrechado por el de su madre, y su padre pasaba los dedos con cariño entre los rizos de su cabellera.

De pronto unos tristes lamentos vinieron a turbar el dorado sueño de Luisa. Mas pronta que el ligero camello, acudió volando hacia los que gemían, y cuyos gritos la parecieron salir de una inmensa barranca.

Un coche medio roto estaba volcado en medio del torrente; junto a un árbol, agobiado por la edad, un anciano parecía dormir en el sueño eterno, y su cabeza descansaba descolorida sobre el pecho de una joven que repetía con voz dolorosa: «Padre mío, padre mío ¡muy querido, responde a la voz de María...»

Además, para completar esta escena de desolación, a algunos pasos de allí, tendido sobre un espesa maternal, un pobre viejo lacayo, en el mismo estado que su amo, se hallaba privado de sentido.

El corazón de Luisa se afligió; ella padecía cuando veía padecer. Muy cerca del torrente, oculto por una enfilada de álamos blancos, corría un arroyo. Corrió a él inmediatamente, y trajo en una vasija de barro agua fresca, con que regó la frente de los dos ancianos. Al fin tuvo la suerte de verlos volver pronto a la vida, y dirigiéndose a la joven la dijo que no llorase.

Su voz era tan armoniosa pronunciando estas palabras de consuelo, que María le miró con la mayor sorpresa, como quien no podía comprender que una pobre pastora se espresase así. Luisa advirtió su pensamiento, y se sonrió tristemente. Entonces cambió la escena: la joven se abrazó a la huérfana, el anciano cogió su mano, y el criado se arrojó ante ella; había mucho tiempo que la desgraciada no se había visto rodeada de afectos tan tiernos... ¡Dios mío! pensaba, si mi sueño irá a realizarse.

—Conducidme a donde están vuestros padres, exclamó el padre de María; muy envejecidos deben estar por tener una hija como tú.

Luisa ocultó su cabeza en sus manos: la ráfaga de esperanza que había un momento embellecido su rostro, se oscureció; solo pudo responder:

—Esos por quienes presento a v. están en el cielo!

Después les contó su vida, sus pesares, su aislamiento, el sustrito porvenir que se desplegaba delante de ella, todo en el lenguaje más puro que los tentos adormidos, y Luisa acabó suplicándoles la permitiesen retirarse para conducir sus ganados al establo, porque el sol hacía una hora que se había puesto ya.

María quería retenerla, y una mirada de su padre se lo impidió.

—Padre víctima, dijo el anciano compadecido, ¡hijos te guardo! vos males van a tener un término! Yo sé a la padre, María tu hermano, dentro de un mes, cuando el sol se haya puesto, y la luna blanquee el firmamento, volveremos a esperarte en este mismo sitio: sé exacta en acudir a la cita.

Partieron... pero no sin que la manita de María hubiese dejado de poner al cuello de Luisa la cadena de oro que brillaba en el suyo.

El día siguiente todo el mundo decía que el anciano era el marqués de San Mauricio, cuyo palacio elegante se dejaba ver a alguna distancia de la aldea. El hombre que venía de conducir allá el coche medianamente recompuesto, repetía a todo el que quería escucharle que nada había tan magnífico como el interior del palacio, que también nada había que pudiese igualar la afabilidad del baron y de su hija María. Añadía que ambos le habían hecho mil preguntas afectuosas relativas a la linda Luisa, de la que infería que antes de poco la huérfana sería admitida al honor de presidir el pastoreo del castillo. Se engañaba. El ojo observador del marqués de San Mauricio había descubierto en la hija adoptiva del buen pastor, algo más que una pastora. Sobre aquel pálido rostro donde había visto pintarse sucesivamente las emociones del dolor y las de la esperanza, él había desde luego graduado el alma de la joven. No era tampoco una camarera ni una doncella de servicio lo que quería hacer de Luisa! María era su única hija, y quería darle una hermana.

Un mes había pasado: el cielo estaba todavía cargado de nubes; la brisa caliente, el silencio profundo; pero la huérfana, sentada sobre el musgo de la torrentera, no dormía... El ruido de un coche se oyó, y este se detuvo al pie del monte. María bajó de él, y dió un abrazo á Luisa; algunas palabras sueltas se pronunciaron y el coche partió de nuevo. Los ganados del colono regresaron solos al establo, y al día siguiente todos los habitantes de la aldea sabían el destino feliz de Luisa. Todos se alegraron, porque todos la amaban.

El marqués, queriéndola hacer olvidar mas pronto los pesares que la habían oprimido, emprendió con ella y María un largo viaje á Italia; la huérfana no estaba ya sola en el mundo como se lo había prometido San Mauricio; tenía un padre y una hermana: ¡su sueño infantil se había realizado!

La señora de Lambres cayó por un momento: Elena permaneció con el cuello estendido y la boca abierta, esperando con impaciencia el fin de la narración.

La anciana continuó:

—Pasados cuatro ó cinco años se contaba que un día en la aldea que habla visto nacer á Luisa, se detuvo una buelta silla de posta, precedida de lacayos con librea. Se estaba en principios del mes de mayo, y la aurora apenas plateaba los cielos. Una jóven rubia y agraciada salió del coche seguida de un jóven: ella le llamaba Carlos, y él la tuteaba. Se comprendió que era su marido. Los dos subieron por el monte donde la huérfana conducía en otro tiempo sus ganados á pastar, se juntaron junto á la torrentera, se divirtieron como niños en coger las rosas silvestres que inclinan sobre el precipicio sus cabezas embalsamadas, y luego que se ocultó el sol regresaron á la aldea. Allí derramaron como el agua de las fuentes el oro y los beneficios, y dijeron al partir á los paisanos que lloraban de alegría besándose las manos:

—Amigos míos, si alguna vez os alcanza la desgracia, acudid al palacio de... allí encontrareis á Luisa.

Se habla hoy todavía en aquel país de la beneficencia de la condesa de la Estrada, que jamás quiso llamarse mas que la condesa Luisa.

—¡Oh buena abuelita! cómo me gusta este cuento, exclamó Elena, que tranquila respiró al considerar á la pobre Luisa feliz. ¡Temía tanto que hubiese sufrido siempre!

—Escucha, Elena mía, replicó la de Lambres, persuádate bien de una cosa, haz de ella la regla de todas las acciones de tu vida; esto es, que Dios nunca abandonará al alma que confía en su misericordia, y que el que toma por guía la religion y la virtud, encuentra siempre la felicidad, ó al menos el reposo del alma, el mas precioso de todos los bienes.

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORITA DOÑA DOLORES MUÑOZ Y GAVIRIA.

Niña inocente y hermosa,
Nacida entre los honores,
Tan hidalga por tu sangre
Cual por tus instintos nobles.
Niña infeliz, que ya sueñas
Con esperanzas de jóven,
Y anhelas, quizás, se pasen
De la infancia los albores,
Sin sospechar que se anubla
De la vida el horizonte,
Cuando los ojos se aclaran
Y la realidad conocen:
Preserve el cielo tus dias
De las vanas ilusiones,
Que al llegar los desencantos
Salen del alma y la rompen!
Jamás en ella aimentes
Sino tranquilos amores,
Que tu inocencia te inspire
Y á tu virtud se conformen.
Y si das crédito, ¡oh niña!
De un amigo á las razones,
Sea el amor de tus padres.

En el que solo te gozas:
Porque ellos no son ingratos
Y siempre lo son los hombres!
Ojalá así, aunque por hermosa
Sufrir y llorar te toque,
Te preserve tu prudencia
De engaños y de dolores:
Va luego á mi Dios, que solo
Los conozcas por su nombre!

Marzo de 1843.

EREGONIO ROMERO LARRAÑAGA.

MISCELANEA.

UN NUEVO METAL: EL ALUMINIO.—En el año 1835 no se ha hecho mas que un descubrimiento real é importante; ¡pero qué descubrimiento! Un nuevo metal, una nueva plata, el *aluminio*.

La mina donde se ha encontrado este tesoro es el laboratorio de Mr. Saint-Claire de Ville, maestro en la escuela normal superior.

El *aluminio* no había sido desconocido hasta aquí, pero mal despojado de algunas sustancias extrañas, no se había todavía mostrado sino bajo una capa oscura y pulverulenta. Mr. Ville ha tenido el talento de librarlo de su corteza, y hacerlo brillar por la primera vez ante los asombrados ojos de los químicos de la Academia en todo el brillo de esa resplandeciente blanca rival de la plata, y de esa inalterabilidad tan preciosa y tan rara que le han hecho subir de pronto desde una profundidad oscura á la gerarquía de los nobles metales, poniéndole al lado de la plata, del platino y del oro, estos metales dotados del privilegio de no envejecer nunca.

¿Quién creeria desde luego que es de la arcilla, si, de esa humilde arcilla que pisamos, de donde ha salido el nuevo astro de la metalurgia?

Para no dejar duda sobre las eminentes propiedades del aluminio, el autor ha demostrado, teniendo encerrado por muchos dias en un baño de ácido nítrico concentrado (agua fuerte), este agente químico tan enérgico que devora la plata con tanta facilidad, que en él no obra sino para sacar sus rayos mas preciosos aun y mas vivos.

El aluminio viene á llenar una laguna que existía en las artes industriales y el uso doméstico, poniendo en abundancia y á nuestra mano un metal tan precioso como el platino, y mas hermoso que él. Esto bien entendido en la suposición, no realizada todavía, pero muy probable, de que la extracción en grande del aluminio no sea muy costosa.

Es de presumir que dentro de poco las familias pobres podrán tener la satisfacción de poseer su plata, la cual no tendrá un brillo pasajero, ni prestará á los alimentos el sabor metálico, desagradable y mal sano de los metales.

El aluminio es cuatro veces mas ligero que la plata: por la fusibilidad se coloca entre el zinc y la plata; muy maleable, se presta maravillosamente á todas las operaciones mecánicas, y estirarlo y reducirlo á hilos, láminas, ó plaques ó para la acuñación de medallas; el bajo precio de la primera materia, el aluminio, que se puede obtener en cantidad ilimitada, ya por la alúmina, ya por la arcilla, deja felizmente á la producción el campo libre. Esta facilidad, es verdad, impide al nuevo metal aspirar á ser monetario, y este es su menor defecto; pero si la plata por su producción limitada queda de concurrente con el oro para metal de nuestra moneda, debe por sus otras aplicaciones ceder su lugar al aluminio. La plata, en efecto, que se busca porque es inoxidable, se vuelve realmente negra por la acción de los vapores sulfúricos, y no se puede emplear en la decoración de nuestros monumentos; el aluminio es al contrario, conserva su brillo, y por consiguiente es el metal que necesitan las construcciones modernas. Al ver su hermosa ligereza, desde luego nuestros lectores conocerán, que con un buen procedimiento metalérgico no es dudoso que en un tiempo próximo el aluminio reemplazará al zinc y al estaño en nuestras casas, y al cobre y al hierro en nuestros navios.

El nuevo metal figuraba entre los productos mas admirados de la exposición universal francesa, y su aplicación usual alabauce de la vista de todos.

Sin embargo, debemos añadir que en las últimas sesiones de la Academia, el aluminio no ha realizado todavía los progresos que de él se aguardaban. Su pureza deja algo que desear: Mr. Regnault lo ha dicho con la franqueza que debe á los nuevos poderes:

Le toca oponerse á su colega y llegar por un último esfuerzo á la perfección prometida.

FRESETE DE UN ENAMORADO.—En el periódico inglés *Gaceta de Lancaster*, hemos encontrado el siguiente bosquejo de un amor á prueba: «Hace algunas semanas murió en Meighley, dice dicho diario, un tal Sharp, cuya historia ha llamado extraordinariamente la atención del público de toda aquella comarca. Al rayar Sharp á los treinta años de edad, enamoróse de una jóven, la que á su vez le correspondió hasta el punto de estar decidida á enlazarse con él; mas el padre de esta se opuso tenazmente á semejante casamiento, y así se concluyó aquella relación amorosa. Mr. Sharp se consideró desde aquel momento el mortal mas desgraciado, y figurándosele ya el mundo un desierto, y que lo seria siempre para él, se encerró en su hogar doméstico, y se acostó con la firme resolución de no abandonar la cama mientras viviera, propósito que este ente original cumplió concienzudamente. Permaneció, pues, durante cuarenta y nueve años en su cama, al cabo de los cuales vino la muerte á poner término á su pena; y en los treinta y ocho últimos años de su existencia no permitió se abriera ventana alguna en su habitación. Mas extraño aun que tan extravagante capricho, fué la circunstancia de no estar, sino una sola vez, algo indisposto en el transcurso de los cuarenta y nueve años; comía y bebía á las mil maravillas, y en su extraordinaria obesidad pesaba próximamente doscientas cuarenta libras. El apetito no se le había menguado hasta unos ocho dias antes de terminar su brillante carrera, lo que tuvo lugar á los setenta y nueve años de edad.» Mucha gente acudió á la casa mortuoria para ver á esta célebre víctima de un amor desgraciado.

EL RELOJ DE LOS CHIVOS.—Dice el viajero francés, Le Hen: Recorriendo un dia con uno de mis compañeros el distrito, cuyos habitantes habíamos convertido al cristianismo, preguntamos á un jóven que apacentaba unas vacas en un prado, junto á un caserío, si eran ya las doce. Alzó el vaquero la vista al cielo; pero el sol se había traspuesto á un nubarrón, y por consiguiente no pudo consultarle. Esperad, nos dijo, esperad un instante; y se dirigió presuroso al caserío. Despues de un rato vuelve al sitio en que nos encontrábamos con un gato en brazos, diciéndonos: Aquí podeis ver que aun no son las doce, abriendo á la vez bien los párpados del gato. Mirábamos atónitos al muchacho, el cual no debió haber notado nuestra suspensión, mientras que el gato, acostumbrado ya á semejante operacion, se volvió muy quieto. Dinos las gracias á nuestro jóven, y por vergüenza de dejarnos instruir por él, en lo que acabábamos de ver con el gato, nos marchamos sin pedir esplicaciones sobre el particular. Tan pronto como nos vimos con nuestros amigos, les pedimos esplicaciones. Extrañaron mucho nuestra ignorancia en esta parte, y cogiendo un gato, nos esplicaron todo. Las pupilas de los ojos del gato van haciéndose progresivamente mas pequeñas; hasta que al medio dia solo presentan una línea muy tenue que se percibe en sentido perpendicular sobre el ojo. Despues de las doce comienzan otra vez á dilatarse poco á poco, hasta que á media noche presentan la forma de un grande globo. Se nos aseguró que aun los niños estaban perfectamente iniciados, para que mirando los ojos de un gato, digan la hora; y nosotros, á nuestra vez, pudimos convencernos acerca de la precision de semejantes relojes.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,
calle de Sta. Teresa, núm. 8.